

Al fin, con esta grave pesadumbre  
Llegaron á Antioquia, do pensaban  
Hallar algun refugio; pero cuando  
No vieron español en el asiento  
Donde quedó poblado Barahona,  
Crecieron las congojas y el desmayo  
Y la desconfianza de la vida.  
Mas en aqueste tiempo ya tenían  
En Santafé noticia por los indios  
De paz cómo venían mal parados,  
Y en ese mismo punto despacharon  
Algunos españoles, y cargados  
Con ropas y alimentos yanacunas,  
Para favorecellos entre tanto  
Que llegaban allá los miserables.

Estos los encontraron, pero tales  
Que corazon humano no pudiera  
Dejar de derramar lágrimas vivas:  
Fueron los que venían veinte y cuatro,  
Y destos, ya cercanos á la villa,  
Con regalillos todo lo posible,  
Los tres ó cuatro dellos perecieron;  
Y los restantes que llegaron vivos  
Fueron tractados generosamente  
Por la gran caridad de los vecinos.  
E ya Gomez Fernandez reformado,  
Partió para su casa que en Encerma  
Tenía, con cuadrillas en las minas,  
Que mientras él absente le sacaron  
Mas de sesenta mil pesos de oro:  
Alivio singular y recompensa  
De costas hechas en aquel viaje,  
Do nunca lo dejó Francisco Barco  
Hasta ponello dentro de su casa;  
Y visto su leal comedimiento,  
Con experimentada valentía  
En aquella jornada trabajosa,  
Fué deste capitán favorecido.  
El cual vino después al Nuevo Reino,  
Y dada cuenta de lo sucedido  
A los jüeces del real senado,  
Por cuya comision él se dispuso  
A la ciega demanda del Dabaibe,  
Partió poco después para Castilla,  
Adonde, todavía con su tema,  
El gobierno pidió de los chocoes,  
Que por el gran Filipo le fué dado;  
E ya cuando venía con el cargo  
Dentro de la ciudad de Cartagena  
Cortó la dura parca sus diseños,  
Los cuales acabaron con su vida.  
Autorizaron estos funerales  
Pocos de los antiguos conocidos,  
Porque ya los amigos de su tiempo  
Gustado habian deste mismo trago;  
Mas no faltó quien sobre su sepulcro  
Mandó poner la letra que se sigue:

Aquí yáz Gomez Fernandez  
En lugar estrecho puesto,  
Antes alivo y enhiesto;  
Pero las cosas mas grandes  
Vienen á parar en esto.  
Tuvo presuncion subida,  
Sin temor de la caída,  
No queriendo conocella  
Con esperanza de vida,  
Que es lo mas inclerto della.

### CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo por muerte de Gomez Fernandez se proveyó la gobernacion del Chocó á Melchior Velazquez, y las entradas que hizo.

Del ejemplo pasado se colige  
Cómo nunca jamás al apetito  
Humano sucedió suerte tan llena  
Que con aquella quede satisfecho;  
Y así no pocas veces acontece  
Que por subir á mas alta cumbre  
Los hombres que vivian descansados  
Con una moderada pasadía  
Caen en los trabajos y aflicciones  
Que la necesidad trae consigo.

Destos ha sido Melchior Velazquez,  
De quien he de tractar en lo que resta  
Para dar fin á la tercera parte,  
Porque con su discurso se concluye  
Lo que de Popayán es dependiente.

Este hidalgo pues, siendo vecino  
De la ciudad de Buga, que confina  
Con tierras del Chocó do voy entrando,  
Teniendo buena suerte por servicios  
Hechos en allanar aquella tierra  
Y otras muchas provincias belicosas,  
Como tuviese nuevas de la muerte  
Del otro capitán Gomez Fernandez,  
Y se hallase con algun posible  
Para subir á dignidad mas alta,  
Importunado fué de sus amigos  
A demandar al rey aquel gobierno  
Con aquella esperanza cudiciosa  
Que su predecesor también tenia,  
Por ser, segun habemos declarado,  
Una pasta de oro toda ella,  
Aunque no con aquellas cualidades  
Que para la poblar son necesarias;  
Mas con pensar que yendo mas adentro  
Hallarian terrenos apacibles,  
Envió sus despachos á la corte,  
Que fueron á su gusto proveidos,  
Vista la cualidad de su persona  
Y méritos bastante bien probados.  
Y antes que los recados le viniesen  
Entró con cien soldados descubriendo,  
Y en un rincón halló las poblaciones  
De los indios que llaman coronados,  
Con otros que se llaman los tutumas,  
Que los unos y otros computados  
Se llegarían á seis mil vecinos,  
Malos de conquistar por ser valientes  
Y bien ejercitados en sus armas;  
Pero su buena maña pudo tanto  
Que los hizo venir á servidumbre,  
Y en sitio para pueblo conveniente  
A la ciudad de Toro dió cimiento  
Que promete perpetua permanencia  
Por la riqueza grande de sus minas.  
Entró mas adelante conquistando  
Indios que competian con tutumas,  
Que á la nueva ciudad contribuian,  
Y eran de los chocoes infestados,  
Y dellos trajo copia de captivos,  
Joyas y de veneras rica muestra,  
De que quedó mas engolosinado.

En este mismo tiempo gobernaba  
Bartolomé de Mazmela la tierra  
De Popayán, el cual le dió licencia  
A Francisco Redondo, que es vecino  
De Cali, hijo de Antonio Redondo,  
Para hacer entrada por aquellas  
Montañas, cuya fama se estendia  
Cerca de la riqueza de sus venas;  
Mas este capitán salió huyendo  
Con pérdida de muchos españoles  
Que le mataron en algunos pasos  
Los bravos defensores de su tierra.  
Y entonces le llegaron los despachos  
Al Melchior Velazquez del gobierno,  
Los cuales recebidos hizo gente,  
Y juntaría como cien soldados  
Con quien consumió copia de dineros  
Dándoles los avios necesarios.

Entró con ellos pues por las montañas,  
Llevando falsas guías de chocoes  
Que desviaron maliciosamente  
A nuestros españoles de los pueblos  
Que prometieron dalles en las manos,  
Y así fueron guiando por un rio  
En una y otra parte mal poblado;  
E ya reconocida la malicia  
Por ser la dilacion de muchos dias,  
Apartadas las guías y la lengua,  
India ladina de su propia casta,  
El Melchior Velazquez les pregunta:  
«¿Por qué me habeis mentido y engañado

Usando de tan gran maldad conmigo,  
Trayéndome por este despoblado  
Sin gente, sin labor y sin abrigo?  
Con gran razon estoy determinado  
De daros duro y áspero castigo,  
Para que los demás con escarmiento  
Enmienden este gran atrevimiento.»

El indio mas antiguo le responde:  
«Tengo por acertados los engaños  
Evitando los daños y los males  
De nuestros naturales y parientes,  
Por no dallos á gentes extranjeras,  
Y tú mismo hicieras otro tanto:  
Usa, que no me espanto de la pena,  
Pues estoy en cadena detenido;  
La muerte yo la pido, yo la quiero  
Contento, pues que muero sin ofensa  
Y por justa defensa de mi tierra.»

El Melchior Velazquez reportóse  
Oyendo lo quel bárbaro decia,  
Y con amenazallo solamente  
Cumplió con sus enojos y pasiones;  
Y luego hizo junta de su gente  
Para tomar acuerdo resolutivo  
En determinacion de su viaje,  
Y á todos les habló desta manera:  
«Amigos, mala burla nos han hecho  
Los indios que traíamos por guías  
Saltando del camino mas derecho  
En solitarias y dudosas vías,  
Por donde caminamos sin provecho  
Por tan crecido número de dias  
Sin descubrir terreno que contente,  
Ni cosa de que el campo se sustente.  
» De cuya causa yo me determino,  
Viendo tan enfadosos trompezones,  
De no proseguir mas este camino  
Ni meteros en otras confusiones,  
Sino volver atrás é ir á tino  
En demanda de aquellas poblaciones,  
Porque las guías, como no se mueran,  
Nos las tienen de dar aunque no quieran.

» Orden daremos para que se ablanden  
Y sean mas sinceros ó sencillos;  
E ya que con engaños se desmanden  
Por los hilos se saquen los ovillos,  
Pues caminos terrán por donde anden  
Por los cuales podremos descubrillos:  
Aquesto me parece y esto siento  
Debajo de buscar vuestro contento.»

Oidas las razones, todos ellos  
Le respondieron cómo no tenían  
Querer ni voluntad mas que la suya,  
Y aquella seguirian donde quiera  
Que le pluguiese de hacer viaje.

Con esto se volvieron á sus ranchos,  
Y un clérigo de misa que llevaban  
Oyó, parece ser, algunas cosas  
De lo que prometieron diferentes,  
Y al Melchior Velazquez en secreto  
Le dijo: «Procurad otro concierto,  
Porque me consta ser gente doblada,  
Y si volveis atrás tengo por cierto  
Que os tienen de dar todos cantonada,  
Pues murmuran de vos al descubierta  
Pesantes de venir en la jornada:  
Remédiese no sero, sino serio,  
Y creed que no hablo sin misterio.»

El buen gobernador quedó confuso,  
Y porque no saliesen de las redes  
Estuvo dando trazas y tanteos  
No sin fatiga del entendimiento;  
Y al cabo tuvo por mejor remedio  
Bajar en balsas por aquel gran rio  
Que parecia sesgo y apacible  
Para poder por él ir navegando  
Una y otra ribera descubriendo.  
Mandó hacer las balsas otro dia,  
Y cada camarada tuvo cargo  
De componer los palos en que fuese  
Con fuertes ligaduras amarrados,  
De manera que sin tocar al agua

Podian ir personas y adherentes;  
Una sola canoa razonable  
Do Melchior Velazquez navegaba  
Con seis arcabuceros, recogiendo  
Las balsas rezagadas que quedaban  
Por mil inconvenientes que suceden.  
Y habiendo desta suerte navegado  
Tanta distancia como de diez leguas,  
Dieron las balsas repentinamente  
Encima de un raudal impetuoso  
De peñas descubiertas y cubiertas,  
Donde se trastornaron sin remedio  
Ansi las balsas como la canoa,  
Y cada cual por escapar la vida  
Asidos de los frágiles navios  
Sustentaban los cuerpos en el agua;  
Pero celadas, cotas, arcabuces  
En busca fueron luego de su centro,  
Y arrebatados de la gran corriente  
Los sayos estofados y rodela  
Y los demás reparos de vestidos  
Acia la mar del Sur iban nadando,  
Dejándose los dueños á lo largo,  
Sin esperanza de poder cobrallos.

Salieron pues los nuestros á la playa,  
Mas por milagro que por fuerza suya,  
Los unos de los otros divididos.  
Segun mejor podia cada uno,  
Sin recurso de ropa que mudasen  
En vez de la que sacan empapada;  
Y juntos fué comun el desconsuelo,  
En hambre y desnudez todos iguales,  
Aunque mas perdidoso quien habia  
Hecho la costa del aviamiento.

Al fin como se viesen descompuestos  
Y de tantas angustias rodeados,  
El último remedio fué volverse  
A Toro, con trabajos que no pueden  
En prolijo papel ser numerados;  
Y así llegaron tales que gastaron  
Dos años y algo mas en reformarse.  
Al cabo de los cuales el Velazquez  
Tuvo noticia de los noanamas,  
Provincia del Chocó, de quien tractamos,  
Y con aquel deseo virtuoso  
Que tienen corazones generosos  
Con celo de vivir después de muertos  
Dejando por sus hechos buena fama,  
Armó como setenta compañeros  
De todas armas bien aderezados,  
Y entró con ellos siempre por caminos  
De gran dificultad, hasta que dieron  
En un gran rio cuya travesía  
Era dos veces mas en la distancia  
Quel rio grande de la Magdalena,  
Y en las riberas del algunos pueblos  
Cuyos caminos eran por el agua,  
Sirviéndose de bareas ó canoas  
En todos sus negocios y contractos.  
Y en el primero pueblo que se vido  
En la contraria banda situado  
Había cantidad de plantanales  
Que las orillas frescas ocupaban,  
Racimos sazonados y maduros  
Pendientes de las plantas, convidando  
A los que se llegaron con canoas,  
En que vinieron del opuesto lado;  
Y con decillas Melchior Velazquez  
Que no llegasen á los platanales,  
No fuesen las Hespérides aquellas  
Donde el dragon guardaba las manzanas,  
Con la cudicia del suave fruto  
Faltóles obediencia, y acometen  
Sin orden divididos, derribando  
Aquí y allí racimos á porfia,  
Sin recelar el daño que tenían  
Cercano, pues estaban emboscados  
Dentro del platanal bárbaros fieros,  
Que cuando mas los vieron embobidos  
Salió la multitud y torbellino  
Con acometimiento furibundo,  
Y del primer encuentro se llevaron

Once soldados con sus arcabuces.  
Recógense los otros, y detienen  
Aquella tempestad impetuosa  
Defendiéndose dellos un buen rato,  
Y el Melchior Velazquez á la grita  
Acudió con los que con él estaban,  
Y allí le traspasaron el un brazo;  
Pero con su venida los salvajes,  
Por faltalles ya tiros, se desvian  
Y se precipitaron en el agua,  
Cortándola con brazos desenvueltos.  
Como gente que en estos menesteres  
Sabia diestramente menearse,  
Y así no fué posible tomar indio,  
Muchacho ni mujer de quien pudiesen  
Saber lo que la tierra contenia.  
Quedando pues los vivos afligidos  
Por la grande desgracia sucedida,  
Pasaron á la banda do dejaban  
Los ranchos asentados y el servicio,  
Y su pasaje fué muy trabajoso  
Y no sin grande riesgo de la vida.  
Allí, por venir muchos mal heridos,  
Se detuvieron por algunos dias,  
Al cabo de los cuales una noche  
En el postrero cuarto secundaron  
Los bárbaros con otra rociada,  
Y acometieron con tan grande furia  
Que fueron removidos de su campo  
La mayor parte de los españoles,  
Los mas dellos heridos, y dos muertos.  
Y el Melchior Velazquez el un muslo  
Por una y otra parte traspasado;  
El cual con la presteza que cumplia  
En orden puso todos los soldados,  
Así los sanos como los enfermos,  
Y tal prisa se dieron las espadas  
Que los feroces bárbaros perdieron  
El campo con la presa que tenían,  
Tomando por guarida la del rio,  
Dejando nuestra gente maltratada.  
Y así considerando cuán sin fruto  
El tiempo se gastaba, requirieron  
A su gobernador que se volviese,  
Y como no podia hacer menos,  
Condescendió con lo que le rogaron:  
Efectuóse luego la partida;  
Pero como salieron lastimados  
Y sin ajenos piés que socorriesen,  
Por tierras montañosas sin refugio,  
Comiendo tallos de silvestres plantas  
Y cosas mas inmundas, veinte dellos  
Dieron fin á trabajos con la muerte,  
Y del gobernador lo mismo fuera  
A no tener en esta desventura  
Un noble hijo de su mismo nombre  
Que en todos los trabajos padecidos  
Nunca jamás faltó de su presencia,  
Cumpliendo fielmente lo que deben  
Los buenos hijos al amor paterno.  
Llegaron pues á Toro los restantes,  
Donde fueron caritativamente  
Curados y á salud restituidos.  
Pasáronse después algunos meses,  
Y el Melchior Velazquez con deseo  
De mas acrecentar aquel gobierno,  
Como ya se sintiese fatigado  
De los trabajos, y con largos dias,  
Al hijo le mandó recoger gente  
Para buscar aquellas poblaciones  
De que tuvo primero la noticia;  
El cual usando de las comisiones  
Llegó setenta y cinco compañeros,  
Con los cuales entró por la montaña,  
Y en breve tiempo dió con los asientos;  
Pero hallólos todos despoblados,  
Desiertos y sin muestra de cultura.  
Dos ó tres indias viejas solamente  
Ovieron á las manos, y otros pocos  
De indios muy enfermos consumidos,  
Y preguntándoles adónde estaban  
Todos los moradores de la tierra.

Respondieron con lloro no fingido  
Que todos los barrió cruel y brava  
Peste que por allí se padecia:  
Esto reconocieron claramente  
Por infalibles muestras y por cuerpos  
Que por haber faltado manos sanas  
No se les dió terrena sepultura.  
Volviéronse con esta mala nueva  
Y sin otra ganancia ni provecho  
Que lástima, dolor y pesadumbre,  
Cual la tenemos hoy en este reino,  
Pues por la era del de ochenta y ocho  
Hubo tal mortandad de naturales,  
Que los diamantinos corazones  
A tierno sentimiento se movieran,  
Viendo cómo la flor de todos ellos,  
Mozos y mozas en edad florida,  
Y de los nobles jóvenes patrios,  
Damas de gran primor y gallardía,  
Eran arrebatados de la furia  
De aquella tempestad tierra y horrible,  
Sin que bastasen curas ni remedios,  
Solicitud, cuidado, diligencia  
De amos ni de médicos peritos,  
Con largos gajes, premios y salarios  
Que cada cual vecino prometia  
Deseando salud á su familia;  
Y no bastando ya fuerzas humanas  
Para cesar la plaga de viruelas  
Que todo lo barria y asolaba,  
Ocurrimos al Médico supremo  
Con cristianas y pias diligencias,  
Procesiones, ayunos y limosnas,  
Que ciertamente se hicieron muchas  
En este pueblo donde yo resido  
Y en todos los demás del Nuevo Reino.  
Pero desta ciudad llamada Tunja  
Fueron por una imagen de la Virgen  
Que está en Chiquinquira, pueblo de indios  
Que dista deste mas de siete leguas,  
Do la bondad de Dios ha comenzado  
A se mostrar con altas maravillas,  
Sanando ciegos, cojos y tullidos.  
De que daremos cuenta mas estensa  
En otra parte, dándome Dios vida.  
Trájose con debida reverencia  
Sérico palio, barchas encendidas,  
Y era para notar la muchedumbre  
De bárbaros incultos que salia  
A vella, recebilla y adoralla,  
Con lumbres encendidas en las manos,  
Prostradas en el suelo las rodillas,  
Pidiéndole favor, reconociendo  
Ser Madre del que puede socorrellos,  
Hasta coger las gotas de la cera  
Que las ardientes barchas destilaban  
En tierra, que tenían por reliquia,  
Y los caciques que tenían pueblos  
Algo mas apartados del camino,  
Rogaban la pasasen por sus casas  
Prometiéndole magnificas limosnas.  
Finalmente, después que la trajeron  
Y la pusieron en una capilla  
De ricos ornamentos adornada,  
Innumerables gentes acudian,  
Ansí de naturales como nuestros,  
Continuando santos sacrificios  
Que celebraban voces acordadas  
Con solemne concento y armonía;  
Y fué servido Dios por su clemencia  
De luego mitigar aquella ira,  
Que agora va corriendo y abrasando  
Tierras de Popayán y Quito y Lima,  
Por gran descuido de los que gobiernan,  
A propios intereses anhelantes,  
Sin que del bien comun tengan acuerdo.  
Porque esta plaga vino de la costa,  
Y pues sabian ya la furia della,  
Facilísimamente se pudiera  
Cerrar la puerta por adonde vino  
Con impedir la boga por entonces  
Y poner guardas en el rio Grande

Que se cumpliera bien y fielmente  
Con solos seis ringlones del audiencia.  
Y así por una negra que venia  
Tocada deste mal contagioso  
De la costa del mar á Mariquita,  
Segun comun decir, ha sido causa  
Desta calamidad y desventura,  
Y que pudiera ser quedar ilesos  
Usando de la dicha diligencia;  
Pruébolo, pues sabemos que en Pamplona  
De aqueste reino, por el gran cuidado  
Y vigilancia de Cristóbal Joven,  
Siendo corregidor que la regia,  
No dejando llegar los caminantes,  
Con sanidad quedó como solia  
Y libre de la dura pestilencia.  
Llevamos pues la imagen á su casa  
Con la veneracion que fué posible,  
Y con magnificencia de limosnas,  
De que se van labrando mas decentes  
Y mas autorizados edificios,  
Donde también hay lámparas de plata,  
Ricos y muy costosos ornamentos  
Por devotos cristianos ofrecidos,  
Y segun la frecuencia de fieles  
Será basilica de gran momento;

De la cual á su tiempo, Dios mediante,  
Tractaremos particularidades.  
Y agora será justo hacer pausa,  
Contento con que dejo descansando  
Al Melchior Velazquez en su casa,  
Y habiendo dicho lo mejor que puedo  
Las cosas sucedidas en aquellas  
Cuatro gobernaciones que confinan  
Y van asidas unas de las otras.  
No para reposar, pues que me queda  
Larga, prolija y áspera jornada,  
Do con razon me manda que proceda  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Cursor primero que ganó la seda  
En este nuevo reino de Granada;  
De cuyo fuerte brazo y estandarte  
Promete de tractar la cuarta parte (1).

(1) Cumplió escribiendo la cuarta parte, la cual vió en la librería de don Alonso Ramirez de Prado, con licencias para imprimirse, Lucas Fernandez Piedrahita, segun dice en el prólogo á su historia del Nuevo Reino. Desfrazóse en esta obra, y se ven en ella versos copiados. Vide pp. 365, 387.

(Nota puesta probablemente por el censor antes nombrado.)